



17 de enero de 2009 - número: 886

Impaciente espera

Libros Por Jorge Carrión.

En nuestra época de polvos en los lavabos de las discotecas y de lecturas en diagonal por las superficies de mil pantallas, la última novela de Daniel Sada (Mexicali, 1953) se reivindica como una apuesta contra la flecha del tiempo. El propio título apunta hacia ese abordaje de la temporalidad como tema complejo incluso en su formulación lingüística.

Se puede decir que *Casi nunca* es una novela doblemente histórica. Por un lado, está ambientada en algunos pueblos del México rural de mediados del siglo pasado y habla de las cuitas y de los deseos de los habitantes de esa época y de esos lugares (Oaxaca, Sacramento, Coahuila, Parras).

**Doble moral.** Por el otro, su ritmo interno, su velocidad de lectura, lo que reclama del lector es propio de ese mismo periodo (el de *Pedro Páramo* y *La región más transparente*). De modo que el noviazgo como promesa de una sexualidad que sólo llegará tras la iglesia, las relaciones materno-filiales, la doble moral práctica y retórica o los problemas económicos son abordados según un concreto contexto histórico, mientras que el lector es obligado a seguir linealmente el hilo del relato, a recorrer las oraciones con la misma atención que reclaman los libros de Rulfo, el primer Fuentes o Lezama Lima.

El protagonismo también recae doblemente: tanto en un personaje de los años 40 del siglo pasado, Demetrio Sordo, gris agrónomo dividido entre la relación sexual con la puta Mireya y la relación de pareja socialmente admitida con la virgen Renata, como -sobre todo- en la prosa de Sada, protagonista única de toda su trayectoria literaria.

«Que la soledad sea amago de un terror perpetuo», leemos cuando la narración se hibrida con la poesía: «Que avance para emborrascarse». O en otro momento, cuando se vuelve plástica: «Apuntemos su faldeo en concordancia con su encogimiento de hombros». O cuando el barroquismo lo invade todo: «El sexo-verdad. El sexo-gavilla de flores radiantes. El sexo-conducta. El sexo-vacuna». O cuando el estilo indirecto libre se hace diáfano: «Uh, puras burras cachondas que, haciendo el cotejo con las hembras de Sacramento, ni para qué acordarse».

**Morir en otros brazos.** Gracias al dominio absoluto de su corriente escrita, el autor de *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe* (1999) puede permitirse la multiplicación de direcciones y de sentidos, al compás de una literatura que se sabe creación en movimiento. Mediante la digresión (la historia de la mujer que esperó cincuenta años a un hombre que se murió a los tres días de regresar a sus brazos), el detalle simbólico (los besos que se convierten en lametones de dorsos de manos femeninas), la ampliación irónica de la geografía narrativa (cuando conecta el pueblito de turno con el devenir universal) o la autoconciencia estilística («Fluidez ¿eventual?», «feliz retorcimiento», «un

discurso harto retorcido»).

Durante casi cuatrocientas páginas, lo que el lector pacientemente espera es la consumación del matrimonio entre Demetrio y Renata, tras años de tira y afloja y de castidad. «Ese primer beso, después de tanto tiempo de sacrificio, estaba sabiéndoles a pura lujuria sublime»: efectivamente, después de un esfuerzo de lectura doblemente histórica, el primer polvo de los recién casados le sabe al lector a lujuria concentrada y, sobre todo, a desahogo. La pérdida de la virginidad: ese es el mito anacrónico que alimenta la dilatación de la lectura. En consonancia, el sexo, en las páginas finales, es tratado con la misma brillante elaboración retórica que encontramos en las primeras.

La novela se abre y se cierra con la celebración joyceana de la creación de lenguaje y placer. Se forma así un círculo o una almendra: la figura del coño que acoge al protagonista durante toda la novela, donde se condensan las sombras de la puta, la madre, la tía, la suegra y la virgen, finalmente su esposa, tras decir el «sí (quiero)» de marras.